



ABISINIA.—ORQUESTA. — Reproducción de fotografía del P. Comini, de Asmara (Erithrea), enviada por el R. P. Baeteman (Pág. 222)

CARTAS DE MISIONEROS

CANTÓN (CHINA)

Escuelas de artes y oficios

Un misionero nantés, el R. P. Emilio Léveque, que partió para China hará unos cinco años, nos envía desde Cantón la siguiente conmovedora carta, en la que expone las necesidades de la obra excelente que ha emprendido en favor de la juventud cantonesa.

CARTA DEL RDO. P. EMILIO LÉVEQUE, DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS, MISIONERO EN CANTÓN

CUANDO joven, China era el país de mis ensueños; y á menudo, estando en el colegio, en vez de estudiar las lecciones y cumplir mis deberes, leía á escondidas los *Anales de la Propagación de la Fe* y *Las Misiones Católicas*. No sé por qué, pero es lo cierto que solamente China atraía mi corazón; los inmensos panoramas del Africa y de la Oceanía no me decían nada, me dejaban frío é indiferente.

Hoy, gracias á Dios, veo colmados mis deseos. Estoy en China, y puedo trabajar en pro de estos pobres chinos que desde hace tanto tiempo tenían cautivo mi corazón. Estoy en China, y cada vez que echo una mirada á mi alrededor se llenan de lágrimas mis ojos.

No me deslumbra el fasto de que están rodeados los

ídolos, ni me alegra el oro bruñido que cubre las bóvedas de los templos. El bullicio que acompaña á las grandes fiestas en honor de las divinidades no ahoga los gemidos de los infelices que, ocultos en las más humildes chozas, imploran misericordia. El humo del incienso y de los fuegos artificiales no logra ni velar con su espeso velo la negra miseria que reina en China.

¡Oh Cantón, joyel el más preciado del río de las perlas, cuánto ciego escondes en tu seno á pesar de tu lujo y tus riquezas!

Me acuerdo que en Europa, iba con frecuencia, en compañía de mi padre, á visitar pobres y enfermos. Las familias con hijos eran las preferidas, y siempre tenía golosinas de reserva y algún céntimo que ofrecerles. Me gustaba infinito ver dibujarse en aquellos labios infantiles una sonrisa de afecto y gratitud.

En China tengo hoy otros hijos á quienes socorrer, infelices por quienes velar y hacer de padre, pobres desamparados que, desde su más tierna infancia, han aprendido á sufrir las tribulaciones de la vida; rara vez alegran su rostro las sonrisas que animan el corazón. Faltos de todo consuelo, no saben sino llorar.¹

Encargado por mi obispo, el Ilmo. Sr. Merel, del

15 DE OCTUBRE DE 1909

asilo de huerfanitos de la ciudad de Cantón, he tenido que ingeniarme para procurar á estos pobrecitos niños medios de ganarse el pan cotidiano.

A este fin he instalado algunos talleres; pero los locales son demasiado reducidos y mis recursos de todo punto insuficientes. Mi deseo sería poder extenderme mucho más. Numerosos jóvenes solicitan ser admitidos; pero con todo el pesar de mi alma me veo obligado á cerrarles la puerta, esta puerta material, que si pudiese estar siempre abierta llevaría innumerables almas al cielo.

Tengo también una escuela de pintura y arte decorativo en la que se forman una docena de jóvenes artistas. Además me preocupo de la enseñanza de zapateros, sastres, cesteros, carpinteros, tipógrafos, etcétera, etc.... He instalado una imprenta que, así lo espero, no tardará á difundir por la ciudad la buena nueva por medio de la prensa. Tengo ya las máquinas, pero, por falta de recursos, no puedo empezar á trabajar. Espero que la divina Providencia, por medio de las almas caritativas, se dignará venir en mi ayuda.

Cuando pienso que cada mes, para retribuir á los obreros-profesores que instruyen á los niños, tengo que reunir la para mí fabulosa suma de doscientos francos, me horrorizo.

Actualmente el número de los privilegiados que he podido admitir es de setenta y uno. Muchos no aprenden oficio todavía; no hay sitio para todos. Querría construir é instalar otros talleres; pero las instalaciones son muy caras.

Cuando leo en los periódicos europeos y americanos, la descripción de las grandes y prósperas obras en pro de la juventud, el relato de los esfuerzos realizados para arrancar del mal el alma de la niñez, me siento profundamente afligido, y, comparando la situación de mis pobrecitos desamparados á la de sus hermanos de Europa y América, no puedo menos de romper á llorar.

Vosotros, á quienes Dios ha dado lo superfluo, acordaos de vez en cuando de que en China hay obras de juventud que reclaman vuestros socorros. Los pobres niños de Cantón fijan en vosotros sus ojos suplicantes y os conjuran á salvar su cuerpo y su alma.

NOTICIAS VARIAS

Guinea española.

Pesca de una ballena.—El día 16, hacia las once de la mañana, anclaron un vapor y dos lanchas noruegas que se dirigían hacia el Sur.

Por la tarde del mismo día nos dieron una sorpresa, pues una de las lanchas que acompañaban al vapor, se dirigió al Oeste de esta isla y volvió remolcando una ballena regular muerta al terrible golpe de dos arpones. En el momento de subirla al vapor, rompiéronse las amarras y se fué al fondo, con gran sentimiento de los tripulantes, que el 17 abandonaron estas playas.

El cadáver del cetáceo, que medía unos 14 metros, estuvo un día entero sumergido, hasta que se divisó á lo lejos como una roca blanca por la espuma de las olas que contra ella chocaban: era la ballena.

Finalmente, remolcada hasta la playa por los annoboneses, la despojaron de todo lo aprovechable, restituyendo á los vivos del mar el esqueleto de su rey traidoramente asesinado.

Nianza (Africa Meridional).

Progresos y desgracias.—Extractamos de una carta del Padre Molinier al Ilmo. Sr. Livinhac:

«La Misión de San José, de Nyumbo, hace progresos consoladores. Las poblaciones están bien dispuestas y el número de catecúmenos excede de doscientos. Cifra, por cierto, bien elevada, si se tiene en cuenta que la Misión sólo data de tres años. Las minas de Salisbury se nos llevaron el año pasado muchos hombres, que de no haberse ausentado, con seguridad serían hoy catecúmenos ellos y sus esposas. Pero ahora, éstas no se atreven á dejarse bautizar.

Extendemos nuestra acción hasta donde nos permiten nuestras fuerzas, y en todos los pueblos en que construimos nuevas capillas, es aceptada con entusiasmo la proposición de hacerse instruir. Hemos emprendido la evangelización de Kishi, pequeña isla del Banguelo, que tendrá unos doce kilómetros de largo por uno ó uno y medio de ancho. Contra nuestras esperanzas estos isleños muestran muy buena voluntad; de manera que en un porvenir no lejano, esta isla será uno de los distritos más hermosos de nuestra parroquia, con más de tres mil habitantes. Otro pueblo del Nyumbo nos preocupaba; pero ahora el P. Bisselier está muy satisfecho de él. Los jóvenes han puesto todo su ardor en instruirse, y repiten y comentan entre sí, en la *saka* ó casa de reunión, cuanto se les enseña.

Entre tantos consuelos, no nos faltan tribulaciones. Llamado en cierta ocasión á Kilubi (Santa María), por el Ilmo. señor Dupont, partí en uno de los barcos de la Misión. Apenas nos habíamos internado un kilómetro en el Banguelo, cuando un soberbio hipopótamo se precipitó sobre nosotros por la parte de estribor. Los tripulantes huyen aterrados hacia babor, la frágil embarcación pierde la estabilidad, vuelca, y todos al agua. En medio del pánico que sobrevino, cada cual, no pensando más que en su seguridad personal, procuraba asirse á la barca. Por dos veces resbalé y caí al agua. Empapado de agua mi abrigo no podía nadar ni mantenerme á flote.

Entretanto, de otra barca que nos acompañaba y que iba tripulada por dos hombres salían gritos desesperados:

—¡El Padre se ahoga!

Acuden veloces en mi auxilio, y en un momento me libran del peligro y sientan en su barca. Nos dirigimos á la costa; al pasar veo flotar mi breviario, y lo cojo. Al llegar á tierra, dimos gracias á Dios y á la Santísima Virgen por la protección dispensada. Todo el cargamento se había perdido; sólo habíamos salvado las vidas.

—Ninguno ha perdido la cruz, decían conmovidos mis negritos, catecúmenos todos; sin ella seguramente hubiéramos perecido.

Las pérdidas se elevan á un millar de francos: nuestra capilla portátil y nuestra tienda de campaña descansan en el fondo del lago; los sondeos practicados durante tres días han sido infructuosos. Un cofrecillo de hierro que tenía ha desaparecido con toda mi ropa. Confío que el Divino Maestro inspirará á las almas generosas la idea de socorrernos.

Islas Filipinas.

Nuevo periódico.—Desde el 10 de Octubre de 1908 la Universidad Pontificia de Manila, dirigida por los Dominicos de

la Provincia de las Filipinas, viene publicando un periódico semanal en lengua inglesa, *The Philippine Catholic*. El número, cada vez mayor, de católicos americanos residentes en Filipinas, y el más considerable todavía de filipinos que hablan el inglés, reclamaban imperiosamente este nuevo órgano; por eso fué acogido favorablemente por parte del público. Están encargados de la redacción de este periódico, Jesuitas y Dominicos americanos.

La Universidad de Manila, fundada en 1612, casi en los principios de la colonia, ha sido siempre en Extremo Oriente el más importante centro intelectual y educador. Esta institución, dedicada á la enseñanza, debía contar en aquel entonces en que apenas era conocida una imprenta que le proveyese y diese medio de proveer al país por cuya civilización ha trabajado siempre, de los medios indispensables para el trabajo y cultura del espíritu. La establecida por los Dominicos, y de la cual salió en 1602 el primer libro impreso en Filipinas, fué comprada por particulares y tomó el nombre de «Imprenta de la Universidad.»

Hace ya diez años que en ella se publica un periódico diario, titulado *Libertas*, en lengua española.

El cincuentenario de la Misión de la Compañía de Jesús. — Los Jesuitas acaban de celebrar el cincuentenario de su Misión de Filipinas. El día 13 de Junio de 1859 llegaron felizmente á Manila, después de un viaje de más de cuarenta meses, diez misioneros de la Compañía de Jesús que iban á reanudar en Filipinas la labor apostólica de sus antiguos hermanos, extrañados de allí 91 años antes por el despotismo de Carlos III. La semilla sembrada por estos misioneros y cultivada por ellos y sus sucesores fructificó abundantemente. De ello son testimonio el Ateneo de Manila, gran colegio de primera y segunda enseñanza; la antigua Escuela Normal, hoy convertida en Seminario de San Francisco Javier; el famoso Observatorio Meteorológico, el artístico templo de San Ignacio de Manila, el Seminario Menor de Vigán, y las Misiones de Mindanao. En los primeros cuarenta años de su existencia y últimos de la dominación española en Filipinas, dieron á la Iglesia y á la civilización 75,000 infieles convertidos á la fe y reducidos á la vida civil en unos 150 pueblos.

El quincuagésimo aniversario de la llegada de los misioneros se celebró en la iglesia de San Ignacio con una función de acción de gracias el día 13 de Junio último. Celebró la Misa el actual Superior de la Misión Rdo. P. Fidel Mir, con asistencia del señor Delegado Apostólico, del Obispo de Vigán, del Provisor del Arzobispo de Manila, y representantes del clero secular y Ordenes religiosas, algunas autoridades civiles del archipiélago, y numerosos amigos de la Compañía de Jesús.

Pondichery (Indostán).

El Rdo. P. Eugenio Boyer, de las Misiones Extranjeras de París, nos escribe con fecha 30 de Julio de 1909:

«Tiempo hace que estaba resuelto á escribir á los lectores de *Las Misiones Católicas*. El año pasado contraí voluntariamente algunas deudas por librar á mis pobres parias de los horrores del hambre.

«Aquellos tiempos tristes han pasado. Mis cristianos han sobrevivido á los horrores del hambre; pero no son más ricos que antes, y temo que pronto volverán á verse afligidos por el terrible azote, pues Budamangalam es de los distritos más pobres.

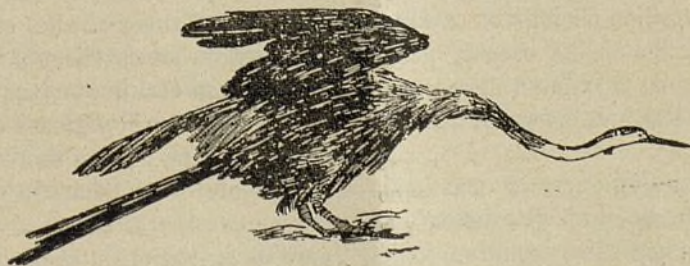
«No obstante, parece que este año tendremos hermosa excepción; algunas lluvias caídas oportunamente en Mayo han permitido sembrar los campos; en buenas condiciones la cosecha se anuncia abundante. Pero, en este país, ¿está nadie seguro de lo que sucederá? ¡Cuántos campos, magníficos durante los primeros meses, no han rendido al agricultor sino la pena de haberlos cultivado y el gasto de las semillas perdidas! Esperamos para este año buena cosecha; pero distamos mucho de tenerla segura; confiamos en la Divina Providencia, rogándole cada día no nos desampare.

«La cuestión de la lucha por la existencia no ocupará, así lo espero, el primer lugar, y no me absorberá, como el año pasado, todas mis energías.

«En la actualidad la causa de mi principal preocupación es que durante el hambre emigraron muchos jefes de familia, unos á Ceylán, otros al Natal y otros á distintas poblaciones asiáticas. No pocos de éstos no han dado señales de vida; su mujer é hijos ignoran su paradero; ¿qué ha sido de ellos? ¿qué debo hacer para estas pobres familias sin jefe? ¡Verdaderamente son dignas de lástima! Había pensado adoptar algunos niños para instruirlos y hacer de ellos buenos cristianos, catequistas ó maestros de escuela; pero mis escasos recursos no bastan ni para atender á las necesidades más apremiantes del distrito. ¿Cómo adoptar niños? Sería una obra de magníficos resultados; aunque sólo pudiera adoptar una docena, dentro diez años constituirían otros tantos hogares cristianos, que propondría como modelo á mis buenos feligreses. Confío el negocio á San José para que se constituya mi abogado acerca de las almas generosas que se interesan por la conversión de los infieles.

«Hace más de un año llamé á la cabeza de partido algunas familias de cristianos viejos para que sirvieran de modelo á los nuevos. Diles algunos *acres* de tierra; pero para que su instalación fuese definitiva y al abrigo de la miseria necesitarían un pozo y un par de bueyes para el cultivo de la tierra.

«Budamangalam es cristiandad en formación: cada año hay que añadir una piedra al edificio tanto material como espiritual. Poco á poco el ave hace su nido. Con abundantes recursos materiales, el edificio espiritual, y también el material avanzarán más á prisa. Espero que los lectores de *Las Misiones Católicas* se dignarán interesarse por Budamangalam (país de los espíritus infernales), para convertirlo en centro de vida cristiana y verdadero pueblo de Dios.»



EN LOS DESIERTOS DE ASIA

Nos entretenemos á menudo, con gusto y regocijo de nuestras almas, en contemplar la lozana vida de la Iglesia, sus luchas y sus glorias, en medio de las naciones iluminadas por el sol de la civilización y calentadas por sus rayos, ya vivificadores, ya abrasadores y destructores de lo que hay de más bello en la vida.

Volvamos alguna vez los ojos á las lejanas tierras de Asia: no de China y Cochinchina y Japón, cuyos campos y teatros también ofrecen á nuestra vista frecuentes escenas, ora de dulce consuelo de victorias reportadas por los soldados de la fe, ora de lágrimas, de esperanzas frustradas, de batallas combatidas en vano. Fijémonos en aquellas regiones, una vez manantiales de ilustración pagana, luego cuna del Cristianismo y foco desde donde irradiaba su luz por el orbe romano, finalmente campo pisoteado por los asoladores jinetes del bárbaro Islamismo.

¡Nínive, la Turquía, la Persia! ¿Vive allí la Iglesia? ¿Qué hace en medio de aquellas hordas que después de catorce siglos todavía ni han olvidado el grito de su falso profeta: «Guerra al Hijo de María,» ni han aprendido á cohibir sus instintos sanguinarios, su sed de torpes placeres, su horror por la ciencia y las letras?

Hace poco asistía en Roma á los funerales aniversarios de León XIII un venerable personaje: los largos velos negros que le cubrían la cabeza y los hombros anunciaban á un prelado oriental, y era en efecto el Ilmo. Mons. Habra, obispo sirio de Mosul, capital de una provincia turca del mismo nombre, en la orilla derecha del Tigris, 220 millas noroeste de Bagdad.

De él obtuvo un *reporter* de *La Croix* los detalles que van á formar el asunto de este escrito.

Los calores de Roma, 86 ó 92, eran un juguete para el venerando Pastor acostumbrado á los 104, 109 y más de su tierra natal, la que al revés es tan fría en el invierno que llega á veces á helarse el Tigris y quedar helado por varios días. Casas de paredes espesísimas y casi sin ninguna abertura son el principal medio de defensa contra aquel sol achicharrador; pero mientras rechazan los rayos de éste, ¡cuánta luz, y con la luz, cuánta vida quitan á los moradores!

Ni bosques, ni árboles alegran los alrededores de la ciudad. A excepción de algunos jardines recientes, todo es mustio desierto. No es falta de la tierra, muy feraz de suyo; pero ¿para qué labrar, sembrar, plantar, si en el momento de la cosecha llegan los desaforados Beduinos para saquearlo y pillarlo todo? Con esa desconfianza y abandono los habitantes han perdido hasta el arte de labrar los campos: son los misioneros católicos que lo están enseñando otra vez en las escuelas, confiando en que con el ferrocarril, próximo á llegar, mudará el aspecto del país y acabará de ser presa de aquellos ladrones árabes.

Otro motivo de esperanza en un porvenir más halagüeño, percíbenlo los misioneros en el advenimiento de los Jóvenes Turcos al poder: con estos hombres, inspirados en otros ideales que los del Alcorán, la seguridad

personal y social y la libertad religiosa triunfarán de los bandidos y fanáticos; reinará al fin la justicia.

Y ¡cosa extraña! Francia que ahoga en su casa las aspiraciones del alma á Dios, las favorece y protege en casa ajena: en ésta son sus héroes y heroínas los Religiosos y las Religiosas que juzgó indignos de pisar el suelo francés. El egoísmo puede más que el masonismo. Otras potencias, Alemania particularmente, disputan á Francia su influjo en Oriente, y ésta sabe que su fuerza principal allí está precisamente en las escuelas católicas.

En el mismo Mosul hay numerosas escuelas y colegios. En su Instituto primario, los Dominicos tienen de 500 á 600 alumnos. Los sirios y los caldeos tienen casi dondequiera escuelas parroquiales. Las Hermanas dominicas de la Presentación dirigen un gran colegio de 300 á 400 niñas, entre las cuales hallanse también jacobitas y aun mahometanas de las primeras familias del país. Y tanto el Delegado Apostólico, Mons. Dru-re, como el Cónsul de Francia, M. Legrand, han prodigado á ese plantel los más calurosos encomios.

Hemos nombrado á niñas jacobitas. Los jacobitas son herejes eutiquianos ó monofisitas, que admiten en Jesucristo una sola naturaleza compuesta de la divinidad y de la humanidad. Toman su nombre del Patriarca de Antioquía, Jacobo, el cual propagó ese error de Eutiques. Hoy sus mismos sacerdotes son ignorantísimos, supersticiosos y engañadores hasta el exceso. Por ejemplo, cada año numerosos peregrinos acuden á una iglesia llamada de los Siete Hermanos Macabeos, para presenciar la aparición de la madre y de sus siete hijos. No hay tal aparición, sino que unos muchachos fuera de la iglesia se suben sobre las azoteas y desde allí proyectan sus sombras sobre las ventanas de la iglesia.

A la conversión de estos miserables y de sus infelices víctimas dirigen sus incesantes esfuerzos los misioneros católicos. Además de las escuelas, arma principal de su apostolado, cuidan celosamente de que los matrimonios mixtos de católicos y jacobitas guarden con toda fidelidad las promesas exigidas por la Iglesia en semejantes casos, que los hijos sean educados en la religión del cónyuge católico.

Pero la enseñanza y la predicación quedan siendo los medios más eficaces. Y ¡ojalá tuviesen á su alcance más abundantes recursos para su obra de restauración de todas las cosas en Cristo! Aquí como en todas partes la Iglesia lucha con la pobreza y con las sectas americanas, mas sobre todo con la alianza israelita. Por un solo instituto que éstos tienen en Mosul, disponen de más de 40,000 francos al año, cuatro veces más que el presupuesto de los católicos por todas sus escuelas juntas.

Mas nada desalienta á aquellas almas esforzadas, los Religiosos y las Religiosas que habiendo ido allá en pos de la Cruz, no buscan su recompensa en el oro. Dejan el vil metal á los adoradores del *confort*. Ellos sujetanse gustosos al calor, al frío, al hambre, á todo género de privaciones, sólo para poder dar alguna alma más á Cristo su Redentor y Rey.

LAS MISIONES DE INFIELES



ESUCRISTO, Salvador nuestro, no sólo quiso redimirnos de la culpa, pagando la deuda que pesaba sobre nosotros, sino que con sus méritos nos proveyó de medios abundantísimos para la santificación y salvación de nuestras almas. Alefecto, y á fin de que

pudiésemos aprovechar todos los hombres beneficio tan singular, del cual depende toda nuestra felicidad, estableció su Iglesia, dispensadora de tales dones y maestra infalible de la verdad que El mismo había enseñado, prometiéndole su asistencia y dándole el cargo de atraer á todos los nacidos á su seno, fuera del cual no hay salvación. «Id por todo el mundo, dijo á sus discípulos y en ellos á los que habían de suceder en el cargo; predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado será salvo; pero el que no creyere será condenado» (1).

De esta economía resulta, que la salvación de las almas, el gran negocio, el único de verdadera y suprema importancia depende por lo común de la predicación del Evangelio, y que cuanto ésta más se extiende por todas las regiones del mundo, y más frecuente y ordenadamente se dispense, tanto más eficaces y copiosos tienden que ser sus frutos.

No de otra manera lo ha entendido y practicado siempre la Iglesia; y por eso, desde los Apóstoles hasta nuestros días, no ha cesado un momento de predicar la verdadera fe en todas las naciones, y de llevarla hasta los más apartados confines de la tierra. Y ¡qué sacrificios no ha hecho para dar cumplimiento al encargo del Salvador! Primero los Apóstoles, una vez que hubieron recibido al Espíritu Santo, se dispersaron por todo el mundo entonces conocido, no cesando en su empresa, hasta dar la vida en testimonio de la verdad que predicaban y dejar debidamente establecido el imperio de la Cruz en las dilatadas comarcas que recorrieron. Síguense después diversos varones esforzados, que ardiendo en celo y sin mirar á las comodidades y ventajas que pierden, se lanzan con denuedo sin igual á tierras desconocidas, arrojando todo género de trabajos y privaciones, y desafiando los peligros, hasta la muerte misma, sólo por llevar la luz evangélica á los que carecían de ella. Un San Patricio, un San Agustín, un San Columbano y un San Bonifacio lo testifican y muestran el ardor con que la Iglesia llevaba adelante su santa obra. Pero, ¿cómo enumerar lo que entonces se hizo á este respecto, el número de valientes soldados de la fe que tomaron parte en semejante empresa, y lo que en los siglos posteriores realizaron, ya individuos aislados, ya las Ordenes religiosas? Basta citar á San Francisco Xavier, que sólo, y sin más armas que su ardiente celo, gana para Cristo y su Iglesia dilatadas regiones, numerosos reinos y millones de almas; y traer á la memoria los gloriosos esfuerzos que en estos últimos años ha hecho la Obra de la Propagación de la Fe á una con la Compañía de Jesús y otras Ordenes religiosas y Congregaciones, en China y el Japón, en Australia y

Oceanía, en ambas Américas, en la India y el Zambaza y hasta en el centro mismo de la inexplorada Africa.

Sin embargo, á pesar de tanto esfuerzo y de haberse sacrificado en la obra innumerables vidas, todavía queda mucho por hacer. Ni los descubrimientos de nuevas tierras llevados á cabo en los últimos siglos, ni la facilidad de las comunicaciones de que al presente gozamos, ni el comercio y trato mutuo establecido casi entre todos los pueblos, han sido bastantes para facilitar la acción de la Iglesia: siempre se ha visto ésta coartada en ella, ya por la falta de recursos ó de obreros evangélicos, ya por la imposibilidad de penetrar en ciertas comarcas, ó ya, lo que es más de lamentar, por las persecuciones y obstáculos con que los mismos Gobiernos cristianos le han salido al paso.

Pero sea de esto lo que se quiera, nadie se atreverá á desconocer que la obra de evangelización apostólica es de lo más importante y urgente que pueda haber, y que es necesario para facilitarla, salvar los obstáculos y dificultades que se presentan ó aminorarlos en cuanto sea posible, poniendo á tal intento los medios que se hallen á nuestro alcance.

Que es de suma importancia y trascendencia la predicación de la verdad evangélica á los infieles, ya sea que nunca hayan tenido noticia de ella ó que la hayan olvidado, es claro hasta la evidencia. Porque ignorar á Jesucristo es ignorarlo todo; es vivir en tinieblas acerca del origen y destino de nuestras almas; es carecer de los medios más esenciales para conseguir la felicidad eterna; y es, por último, estar sujeto á la tiranía de las pasiones, al imperio de los vicios y en riesgo inminente de eterna condenación. ¡Desgracia inmensa! ¡Miseria incomparable! Y esta es, sin embargo, á no dudarlo, la condición general de los que no han recibido la enseñanza de la fe, ni han sido instruídos en la doctrina de salud. Jesucristo lo ha dicho, y por eso envió á sus discípulos á todas las naciones y les previno que enseñasen la verdad que de sus propios labios habían recibido; y es lo que afirma San Pablo, cuando agrega: «Todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo. Mas, ¿cómo le han de invocar, si no creen en él? ¿y cómo creerán en él, si de él nada han oído hablar? ¿y cómo oirán hablar, si no se les predica?... La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Jesucristo» (1).

Cierto es que muchos resistirán el dar su asenso á la nueva enseñanza ó no le darán importancia, y que otros, aun sin conocerla, observando los principios más obvios de la ley natural y alentando en su corazón el deseo de conocer al verdadero Dios, por cierta especie de bautismo, serán considerados como miembros de la Iglesia y se salvarán. Pero ni aquéllos ni éstos amenguan en lo más mínimo la importancia de la predicación; porque los primeros, si no lo aprovechan será por su culpa, y los últimos es de suponer que no han de abundar en número, pues si se dan tales casos, lo único que de ellos se infiere, es que Dios á ningún hombre niega los me-

(1) Marc. xvi, 16 y 16.

(1) Rom. x, 13, 14 y 17.

dios indispensables para salvarse. Mas sea como quiera, siempre será una verdad, que la falta de predicación á los infieles, tiene que dar por resultado el que se pierda un gran número de almas que evangelizadas se sal-

varían, como es notorio; porque en la Iglesia la fe es principio de salvación, y son abundantísimos y grandemente eficaces los medios con que provee á sus hijos esta solícita Madre. (Continuará).

IMPRESIONES DE VIAJE DE FRANCIA Á ABISINIA

POR EL RDO. P. JOSÉ BAETEMAN, LAZARISTA, MISIONERO EN ABISINIA

(Continuación)

Para un niño



STAS melopeas son curiosísimas. A continuación y como muestra transcribiré algunas de estas oraciones fúnebres. Nada hay más á propósito para dar á conocer el alma abisinia.

«El tierno niño ha muerto.

«El lindo pajarito no gorjea cual solía en los árboles frondosos.

«Ya no verá más el sol, ni la luna, ni los astros.

«Oh tú, madre infeliz, ¿no le querías? ¿Quedaste sin leche para amantarlo?

«De no arrebatártelo la muerte, hubiera dado buena cuenta de todos vuestros enemigos, hubiera muerto al elefante, al león y al leopardo.

«De no arrebatártelo la muerte, hubiera logrado una esposa hermosa como él.

«Si hubiese vivido... ¡ah, si hubiese vivido!... ¡Pero ha muerto! ¡ha muerto! ¡ha muerto!...

Para un anciano

«¡Cuán otros que ayer me parecen hoy los cielos y la tierra!

«¿Por qué lloráis? Y yo mismo, ¿por qué lloro?

«Lloramos porque ha muerto un gran hombre. También por él lloro.

«¿Cómo te encuentras, anciano?

«¿Cómo está tu rostro? ¿se lo comen los gusanos roedores? Y tus ojos, ¿cuál ha sido la suerte de tus ojos? Y tus piernas, ¿qué te queda de tus piernas tan endebles?

«Paréceme que viene alguien en dirección á nosotros. ¿Es un hombre? ¿Es una hiena?

«¡Oh hombre que vienes, oh hiena que vienes, admira este asno muerto (el cadáver del anciano). Te he preparado un gran regalo: acércate y come.

«¡Oh fuerte, hijo de fuertes! ¡Tus ojos se han cerrado y roto tus rodillas para siempre!

«Hasta en pleno día tiritabas de frío.

«Te hacías servir por las esposas de tus hijos.

«Ya no tenías derecho á vivir más.»

Como ves, lector amigo, no resulta malo el elogio, ¿verdad? Si quieres que á tu muerte te regalen otro igual, te basta para lograrlo hacerte enterrar en Abisinia.

Para un guerrero

«¿Cómo te encuentras, pobre Sula?

«Los que aún viven te han llorado mucho.

«Han pasado todo el día trenzándose el cabello cual si fuesen mujeres.

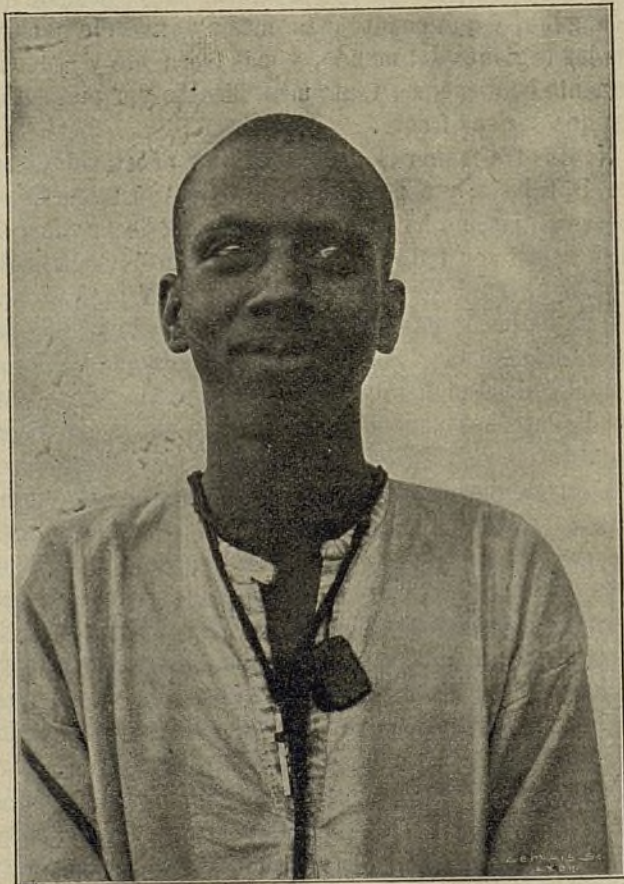
«Han pasado todo el día escondidos detrás las altas montañas.

«Han pasado todo el día en cama, como si estuviesen enfermos.

«Jamás las mujeres de Asmara tendrán hijos tan valientes como él.

«Era tan buen tirador que, apuntando su fusil al nervio del ojo, cortaba el nervio sin tocar el ojo.»

Las diversas lamentaciones que acabo de transcribir bastan sin duda para mostrar el espíritu de nuestros



ABISINIA.—DILIBIS, MI FIEL CRIADO.—Reproducción de una fotografía del Rdo. P. Baeteman.

etíopes. Pero no acierto á resistir á la tentación de daros una nueva muestra del estilo elegíaco abisinio.

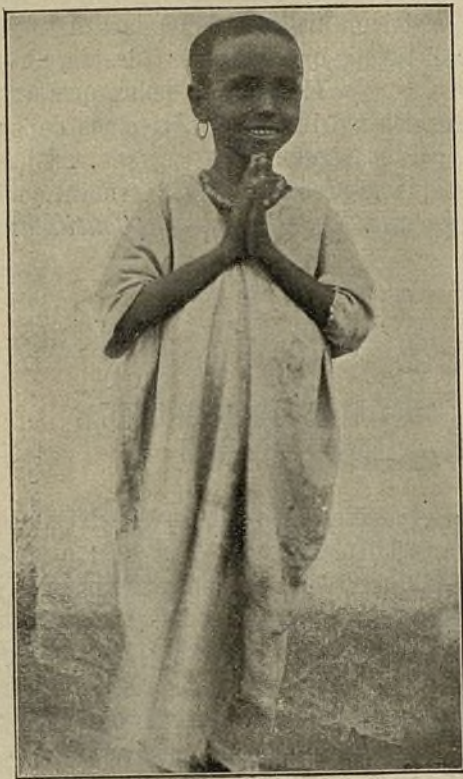
Escuchad la siguiente lamentación:

Carta de tristeza por el encarcelamiento del Ras Sebaath

«El ras Sebaath gobernaba el mundo.

«Abrid los ojos y ved si hay tierra que no le pertenezca.

«¿Quién hacía limosna como él?
 «¿Quién era valiente como él?
 «¿Cómo te encuentras, *ras* Sebaath?
 «Los apóstoles, los mártires y los ángeles descien-
 den del cielo para incensar tu cuna.
 «Si el enemigo le atacaba por la derecha, lo derriba-
 ba de un golpe de su diestra.



ABISINIA.—DAUD, UNO DE MIS QUERUBINITOS NEGROS.—Reproducción de una fotografía del Rdo. P. Baeteman.

«Si le atacaba por la izquierda, lo derribaba de un golpe de su siniestra.

«Y permanecía sereno, heroico, cuando rugía furiosa la batalla!

«Alimentaba á sus soldados con los cadáveres de sus enemigos.

«Y á sus enemigos con el plomo de sus cartuchos.

«Si creéis que miento al contar sus glorias, preguntádselo á Guethen, que cena sangre.

«En todo tiempo el mundo ha sido vanidad. «Vanidad de vanidades,» decía nuestro antepasado el gran Salomón.

«Ras Sebaath, para ti todo ha concluido, caíste en las mazmorras.

«Tu caballo parece haz de llamas.

«Tu espada se fastidia en su vaina.

«Y tus enemigos, sentados á la sombra, se burlan de ti.

«Ras Sebaath, ¿cómo te encuentras? Estoy triste desde que has muerto.»

Matrimonios en Abisinia

Basta ya de oraciones fúnebres.

Hablemos ahora de matrimonios, que es más interesante.

Primera originalidad: la joven nunca es consultada; sus padres la venden al mejor postor. Quiera ó no quie-

ra, será entregada á su esposo, quien, si necesario se hace, emboscado con algunos compañeros la cogerá cuando vaya al río por agua ó al monte por leña.

Las muchachas son prometidas á toda edad. Un padre prometió su hija al hijo de un amigo suyo que tenía ocho años. La niña, ¿sabéis qué edad tenía? ¡Aún no había nacido! Vino al mundo y ¡fué un niño! Histórico.

En cierta ocasión, queriendo casarse uno de nuestros alumnos, fué á buscar esposa en una tribu algo alejada. Fácil le fué hallarla, pero él tiene los veintisiete cumplidos y su futura ocho. El joven se ha comprometido á tomarla por esposa sin ni siquiera haberla visto. Para las bodas debe esperar la edad nubil, y entretanto ya ha tenido que enviar dinero á su suegro, y cada fiesta deberá repetir el mismo tributo.



ABISINIA.—SOLDADO IROB EN ALITIENA.—Reproducción de una fotografía del Rdo. P. Baeteman.

Lleguemos al día de la boda, y veamos cómo ambas partes se preparan á ella: se llenan los *gombos* de agua-miel ó cerveza, las mujeres muelen maíz, los hombres se proveen de un tambor.

El esposo ha llamado á cuatro amigos, quienes durante las fiestas deberán hacer compañía á la esposa é impedirle que *coma fastidio*. El, el joven, se ha dejado crecer el pelo, lo que da á su cabeza el aspecto de cabeza de lobo; ha embadurnado su peluca con una libra de manteca rancia; se ha puesto un pantalón blanco y encima una camisa. En su cartuchera brillan los cartuchos. ¡El señor está dispuesto!

En cuanto á la señora, hace dos meses ha dejado de hacerse la *tonsura*, esto es, de cortarse el pelo (señal distintiva de las jóvenes solteras). Con la cabellera ha variado de aspecto.

La *toilette*: es como sigue. La persona que tiene que peinarse se sienta en el suelo; una mujer se arroja tras de ella, armada de un peine de madera, y empieza á peinar, y peina que te peina, hasta que deja alisada la más ó menos embrollada cabellera. Logrado lo cual se procede al trenzado, dividiéndolo en un número variable de trenzas, que nunca será menor de cuarenta. Hecho esto, se atan las trenzas bajo la nuca, dejándolas caer en ramillete por la espalda. Se las recubre con la indispensable copa de manteca, que á la vez sirve de cosmético y perfume... ¡Qué perfume!

El edificio así construido es duradero. Se renueva dos veces al año. Es largo y costoso de hacer; pero en cambio es sólido.

Listo el tocado, la señora viste por primera vez la larga camisa que le llega hasta los pies.

Todo está dispuesto; inmediatamente vienen á buscarla. Sube á caballo. Un amigo del esposo se sube á las ancas, y la sostiene para que no se caiga. Llegan á la iglesia, en donde se hace una breve ceremonia, y luego se dirigen á casa del esposo.

En un rincón se ha construido provisionalmente un tocador ó mejor un nicho de donde la señora permanecerá todo el tiempo que duren las fiestas, sin poder ni hablar á su esposo. Es una costumbre que se remonta, según dicen los abisinios, á los tiempos de su abuelo Salomón, por consiguiente es sagrada... y los amigos del esposo que se preocupan de la señora, cuidarán de hacerla respetar. (Continuará).

AMERICA CENTRAL

RELACION DE VIAJE EN LOS RIOS PUTUMAYO, CARAPARANA Y CAQUETA Y ENTRE LAS TRIBUS GUITOTAS

POR EL P. FR. JACINTO MARIA DE QUITO, MISIONERO CAPUCHINO

CAPÍTULO XVIII.—Veintidós días de navegación desde Puerto Pizarro hasta el río Ortegúaza.—Calor sofocante y horas interminables.—Falta de víveres.—Enfermedades de los bogas.



NUESTRA caravana se componía de dos pequeñas canoas con trece personas, incluso los bogas. Quedamos, como es de suponer, sumamente incómodos y con peligro de que se nos voltearan las em-

barcaciones, por estar muy recargadas. Con todo, pero habiéndonos puesto antes bajo la protección del Señor, quien tiene poder sobre el mar y los vientos, salimos de Puerto Pizarro el día 9 de Enero de 1906.

Veintidós días no interrumpidos fueron los que gastamos para poder llegar á *Tresesquinas*, ó sea á la confluencia del río Ortegúaza con el Caquetá. Tuvimos, como saben los conocedores de estas tierras, el más riguroso verano; y en los dichos veintidós días sólo nos refrescó el cielo, con sus lluvias una vez.

El calor que soportábamos era para acobardar á los más resignados. Y yo, de mi parte, confieso que no una, sino varias veces lancé jayes! de desesperación. El Padre Santiago para proporcionarse algún alivio pasajero, metía una sábana dentro del agua caliente y sucia del río, luego se cubría la cara y la cabeza, repitiendo esa operación muchas veces.

Respecto á lo que voy diciendo, debo advertir que hay grandísima diferencia entre el bajar y subir por estos ríos, en el mismo tiempo de verano. En el primer caso se evita la proximidad de los inmensos arenales que se forman por la disminución de las aguas, puesto

que se hace la navegación por medio del río; y á esto se añade que bajando la canoa con bastante velocidad, refrescan al viajero las corrientes de aire. No pasa así en el caso contrario: pues es indispensable llevar la canoa junto á las playas, y éstas de tal manera se llegan á caldear, que parece arrojan fuego de sus entrañas.

Con el suceso siguiente comprenderán mejor nuestros lectores lo insoportable que se ponen en verano los arenales, y lo mucho que hacen sufrir al viajero.

Un día aflictivo, como pocos, á causa de la escasez de alimentos, resolvimos suspender la marcha, por ahí á las dos de la tarde, y mandamos á nuestro muchacho y á dos de los bogas que fueran al monte en busca de cacería. Pronto el Señor les depuró un bonito venado; lo mataron, y atravesando un palo por medio de las manos y patas, que las habían atado con unos bejucos, se lo echaron á cuestras y se dirigieron al punto de cita. Nosotros, que estábamos deseosos de saber el resultado, observamos desde larga distancia que andaban un poco, y luego quedaban inmóviles como estatuas, repetían segunda carrera y volvían á pararse. Era para nosotros, que aún no caíamos en la cuenta, una cosa inexplicable; tanto más cuanto que ya distinguíamos un objeto que se columpiaba en medio de ellos, y lo perdíamos de vista siempre que se paraban. Por fin llegaron los muchachos á donde estábamos; botaron al suelo el venado, y nos aseguraron que á no haber sido por él, hubieran quizá muerto abrasados por el calor de la arena. Y la manera como se libraron, por lo menos de una desgracia, ya puede comprenderse. Era la cosa, que cuando ya no resistían el fuego, dejaban caer el venado en el suelo y se paraban encima; reposaban un tanto, corrían luego con la presa hasta donde más podían, y otra vez la hacían servir de pedestal. Sigamos.

Ya dije que en nuestra canoa iba un pobre enfermo con una llaga podrida. Esta, á causa de las repetidas insolaciones y del mortificante vaivén de la embarcación, se llegó á descomponer de tal suerte, que á no ser por la caridad cristiana que manda y exige sacrificios

en circunstancias como la nuestra, no sé qué hubiéramos hecho del infeliz. A lo dicho se agrega también el tiempo que debía durar nuestra navegación, pues no era por diez, quince ni veinte días, sino por cuarenta, que eran los que calculaban los bogas que debíamos gastar desde Puerto Pizarro hasta Mocoa.

Después de esto: ¿cómo no decir que eran interminables nuestras horas en el Caquetá? ¡Cuántas veces nuestros compañeros en llegando la tarde y al tiempo de hacer la *pascana*, nos sorprendían mostrándonos el *ranchito* que habíamos dejado por la mañana, siendo así que á nosotros nos parecía haber caminado diez ó doce leguas! Pero, en fin, cuando ocurrían estos casos aún teníamos que comer; los peones se hallaban con fuerzas para el difícil manejo del canaleta y la palanca, y sobre todo gozaban de salud que era lo principal. Pero ¡bendito sea Dios! á los catorce ó dieciséis días se acabaron

los víveres, pues nuestros compañeros no habían hecho provisiones y tuvimos que darle de lo nuestro; y como en esos desiertos no hay qué comprar, caminamos varios días comiendo un poco de maíz pilado, al que se añadía un pedazo de carne de mono, cuando la suerte nos favorecía. Era, pues, lógico que llevando esta vida, pronto siguieran las consecuencias, y una de ellas fué que enfermaron los bogas; y entonces el manejo de la canoa recayó sobre el P. Santiago, sobre mí y sobre nuestro muchacho, que, por una especial providencia de Dios, estábamos en mejores condiciones. Por fortuna las enfermedades no duraron mucho tiempo, que Dios fué servido devolverles la salud, y pudimos llegar, después de veintitrés días de navegación, nada envidiables, á San Francisco Solano, distante del Orteguaza un cuarto de hora.

(Se concluirá).

EXPEDICIONES POR EL INTERIOR DE ÁFRICA



N la revista *A travers le Monde* encuéntrase el interesante relato de la expedición franco-alemana verificada en los años 1905-1907 con el fin de determinar minuciosamente los límites entre el territorio alemán de Camerún y el Congo francés. Los territorios situados en

la frontera Este de Camerún se cuentan entre las partes menos conocidas del Africa ecuatorial; gran parte de la población está formada de caníbales y nada saben de las determinaciones de la diplomacia europea, que les entrega á la «protección» francesa y alemana. La mayoría de ellos jamás habían visto un hombre blanco.

Salió la expedición de Kunde, población bastante importante, y penetró en el país de los Laka. Muy difícil fué allí encontrar faquines para el transporte de los bultos, porque los negros de esta comarca temían verse hostilizados por sus vecinos, los Baja, en cuyo territorio había de entrar la comisión. Esta, á fin de simplificar sus trabajos, se dividió en varios grupos, todos los cuales pasaron por las situaciones más apuradas. En cuanto uno de los grupos, á fuerza de regalos y de promesas, había logrado alquilar faquines, éstos volvían á huir á la primera noche. No les quedó entonces más remedio á los expedicionarios que separarse, quedando dos de ellos al cuidado de la impedimenta, mientras los otros dos se fueron en busca de la aldea más próxima, que á menudo se encontró á unas horas lejos, y cuyos habitantes se escondían á la llegada de los hombres blancos. Si tras de grandes trabajos lograban dar con el jefe de la tribu, éste solía negarles su auxilio, so pretexto de que los sacerdotes se lo tenían prohibido. Sin embargo, á fuerza de promesas y de regalos podían llevarse, generalmente, unos cuantos hombres, que les transportaban los bagajes durante unos días, hasta que de repente arrojaban la carga entre la maleza y toma-

ban las de villadiego. ¡Nuevos apuros, nuevas exploraciones con el mismo resultado! Así es que la expedición adelantó sumamente despacio por un territorio que carece casi por completo de agua.

Después de haber traspasado esta zona, llegaron los viajeros á un territorio montañoso, donde abundaban los frondosos bosques, las hermosas cascadas y los monos de todos tamaños. Pero allí se presentó peor que nunca la cuestión de los faquines. Entre los montes y la llanura hubo una zona cuyos habitantes, á consecuencia de las continuas hostilidades con los Bubandchidda, se mostraron reacios á todo contacto con los blancos. Al acercarse los expedicionarios, un terrible pánico se apoderó de la tribu. Las mujeres, junto con sus hijos y las cabras, huían hacia el monte, mientras los hombres preparaban sus armas. Mucho costó á los europeos convencerles de que no eran aliados de los Bubandchidda, y hacerles aceptar las antílopes que en gran número habían cazado.

Tras de esta vida tan dura y accidentada en las montañas, cruzaron los expedicionarios terrenos llanos, donde encontraron manadas de elefantes y de jabalíes. En los campos se cultivaba el casabe, la yuca en lugar del mijo; los habitantes se mostraron más pacíficos, y por fin llegaron al territorio de la tribu de los Mundang, agricultores desde luenga fecha.

Los viajeros se creían trasladados á la Edad Media. Las aldeas, bien fortificadas, parecían recintos de los antiguos castillos; las chozas y los graneros están unidos por murallas de tapia, como en Europa se ven unidas las torres de los antiguos castillos por murallas de piedras. Fuera de estas murallas tienen efecto verdaderos torneos. Los Mundang, vestidos con corazas y yelmos, la lanza en la mano y montados en caballos ricamente enjaezados, se entregan á juegos caballerescos. Asimismo asistieron los viajeros blancos á una fiesta de la cosecha, en la que alguno de ellos creyó ver una reminiscencia de las antiguas costumbres celtas. Un hombre, envuelto en una gavilla, dió mil vueltas,

haciendo toda clase de contorsiones, al son de un tambor.

Emprendió luego la expedición su viaje por el río Logone, en embarcaciones construídas con troncos de árboles. Fué menester pasar diez horas cada día en estas construcciones primitivas; al caer de la noche, los viajeros se retiraban á las tiendas de campaña levantadas en la arenosa orilla del río; era indispensable mantener encendidas grandes hogueras durante toda la noche para tener alejados á los leones, cuyos rugidos

á menudo estorbaron el sueño de los expedicionarios.

Algunos grupos se distribuyeron por los pantanos de Tuburi, donde habían de trabajar metidos dentro del agua. Por fin, la expedición pudo navegar el río Logone abajo, acercándose á territorio civilizado, á Schari, donde tienen su puesto militar tanto los franceses como los alemanes. Después de los últimos trabajos en el Norte de Camerún y en el territorio inglés, cerca del lago de Tchad, emprendió la expedición su viaje de vuelta por el río Níger.

BIBLIOGRAFÍA

Der einheimische Klerus in den Heidenländern, por el reverendo P. Antonio Huonder, S. J., con 32 ilustraciones (Missions Bibliothek). 1909. Herder. — Friburgo. — Marcos, 4'20 en rústica, y 5 en tela.

La Religión cristiana y su conservación y difusión por los pueblos de la tierra está íntimamente ligada con el sacerdocio. Sin sacerdotes no habría Iglesia, y sin Iglesia no habría verdadero Cristianismo. De esto se desprende que el tener suficiente número de sacerdotes es cuestión vital para la Iglesia. Actualmente es sólo de 360,000 el total de sacerdotes católicos, por 1,500 millones de hombres y 270 millones de católicos. El número de sacerdotes es en realidad importante, pero su distribución sorprende por lo desproporcionada. Sólo en Europa hay más de 300,000 y 60,000 como máximo en todo el resto de la tierra. Y sorprende más aún su procedencia: excepto 3,600 que pertenecen á las razas roja, amarilla y negra, los demás son blancos. Los sacerdotes que se hallan en los pueblos, así cristianos como paganos, de Asia, Africa, América y Oceanía son en su mayor parte blancos. Así como en otros tiempos los países y pueblos de Europa, con poco trabajo, por parte de las Misiones, lograban en poco tiempo iglesias propias y clero nacional, ni Asia, ni Africa, ni Oceanía lo han logrado hasta el presente, á pesar de cuatro siglos de incesante trabajo por parte de las Misiones. Hay numerosas iglesias de Misión con dirección europea y la generalidad con clero también europeo. ¿A qué se debe? ¿Estriba la razón en las dificultades que ofrecen aquellos países y pueblos extranjeros á la elevación al sacerdocio ó tiene la culpa el método de las Misiones? Esta cuestión la han debatido todos los amigos de las Misiones y últimamente ha suscitado serias y aun apasionadas discusiones, que nada práctico han producido, porque hasta ahora faltaba la exposición exacta de la importante cuestión, que se debatía, en especial de su desarrollo histórico. A llenar este vacío viene el presente libro. Muestra primero de una manera convincente y con rico caudal de argumentos, la capital importancia de un clero indígena, después expone cómo y con qué resultados fué ensayada la solución del difícil problema en los diversos países (ambas Américas, Filipinas, Indias, Japón, China, Corea, Africa, Oceanía), y cuando se empezaron á ordenar Obispos indígenas; da interesantes explicaciones sobre la formación del clero indígena en los Seminarios de las Misiones, dentro y fuera de Europa, é investiga finalmente con desinteresada neutralidad, por qué estos cuatro siglos de labor no han sido más fecundos en resultados.

Es, pues, este libro un importante capítulo de la historia de las Misiones católicas y una hojeada tan interesante como instructiva á los organismos interiores de las mismas, ó sea á su manejo, y á las dificultades particulares que ofrecen, como raza, carácter nacional, relaciones de país y preocupaciones nacionales. El último capítulo del libro da una clara respuesta á la pregunta tan á menudo formulada: ¿por qué la obra de las Misiones católicas progresa tan poco aparentemente? respuesta que con seguridad corregirá no pocas de las falsas ideas que se suelen tener en esta materia. Ilustran la obra treinta y tres fotograbados, retratos de sacerdotes de las razas roja, amarilla y negra.

Este libro es el segundo volumen de la «Missions Bibliothek», que la Casa editora, en unión de la Redacción de las «Katholischen Missionen» ha empezado á publicar. Constará esta Biblioteca de un número indeterminado de volúmenes sobre historias de Misiones, descripción de territorios de Misión, vidas de Misioneros, Cuestiones de actualidad para las Misiones, y sobre todo Temas financieros para aumentar y consolidar los intereses de las Misiones. El primer tomo de la Biblioteca, publicado en 1908, contiene las interesantes Memorias del P. Floriano Baucke, celoso Misionero de las Reducciones de Paraguay. Antes de terminar el presente año aparecerá el tercer tomo, con el título *Unter den Schwarzen am Kongo*, colección de cartas del Rdo. P. Olivier M. L. Allaire al Rdo. P. J. Galinand, S. J., traducido por F. Mersmann. Recomendamos como se merece los dos volúmenes publicados de esta biblioteca alemana, que promete ser notable.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

TOTAL recaudado durante el tercer trimestre y que va á ser enviado al Consejo Central de la Obra de la Propagación de la Fe:

Ptas. 174



LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA
POR
M. C. G.

(Continuación)

En el cielo las familias se reconstituyen: el padre, la madre, un niño muerto á los tres años, Eugenia, Enrique, ya todas han logrado el puerto... ¡Ah, no! no estamos separados de los seres queridos que han muerto: siguen con nosotros, y al asegurarlo á mi querida Clotilde sentía los consuelos de esta aserción. Cuando la muerte nos hiere arrebatándonos los que más amamos, sentimos la necesidad de refugiarnos en las enseñanzas de la fe, de que ellas nos consuelen: son las únicas que pueden ayudarnos á sobrellevar pruebas tan terribles como las que en estos momentos sufren mis jóvenes amigos.

A nuestro regreso encontramos á Emilio inquieto y agitado. ¿Sospecha algo? Nos ha apurado á preguntas. Clotilde cree que ha desvanecido sus temores. Yo lo dudo.

28 Mayo.

Los diarios nos han enterado de los tristísimos sucesos de París. El asesinato de los rehenes es un crimen tan cruel como espantoso. ¡Dios mío, de cuán terribles horrores es capaz la revolución!

3 Junio.

Los enemigos se han retirado, y estos últimos días lo han sido de gran trabajo, atareados en ordenar cuanto desordenaron. Nos preparamos para trasladarnos á Monte F... Emilio está aún muy débil. La muerte de su hermano, que nos ha sido imposible ocultarle más tiempo, ha retrasado su curación. También Clotilde está enferma. Para ambos un cambio de aires, y muy particularmente siendo los nuevos los puros del campo, les será la mejor medicina. Magdalena, á su vez, necesita salir de esta atmósfera de inquietud, de tristeza, que nos envuelve á todos hace largos meses. Y no vaya á creerse que lamento los peligros que acaso han amenazado la salud de mi hija, ni las crueles emociones que he sufrido. No, esto es la vida, y nada educa ni templará mejor á una joven cristiana que los sufrimientos y tristezas, en especial si Dios la ha dotado de corazón generoso y de alma sencilla capaz de comprender la vida de sacrificio, que es la reservada á nuestro sexo. Magdalena ha ganado mucho en el decurso de los últimos seis meses. Cuando salió del Sagrado Corazón era buena, inteligente, seria, poco había sufrido ni visto sufrir. Carecía, pues, de algo. Hoy es una joven dispuesta á todos los sacrificios, preparada para los combates de la vida. Dejád que pasen algunos años, y ella, mi joya más querida, será digna de fundar una familia, de educarla y dirigirla. ¡Que el buen Dios la guarde, la proteja y la prepare para esta misión tan hermosa, pero á veces tan difícil!

Monte F..., 15 Junio.

De nuevo nos encontramos en Monte F... Gracias al celo de nuestros antiguos criados, Pedro y su mujer

Mariana, los prusianos han hecho pocos desperfectos en la finca. Menos afortunados nuestros amigos, en su casa hay muebles rotos, habitaciones saqueadas, las bodegas vacías. Sin embargo, poco es lo hecho en comparación de lo que podían destrozar. Los enemigos no han entrado en la habitación que fué de la Sra. de B., y mis pobres ahijados en la piadosa visita que ayer hicieron á su propiedad la encontraron intacta. Repetidas veces durante la ocupación Clotilde me expresó sus temores: «Los prusianos, me decía, se han enseñoreado de San A..., y acaso profanen la habitación de mi madre, que para nosotros es un santuario, fumen en ella, jueguen...» Por esto al volver á Monte F... me ha dicho contenta: «Dios ha protegido nuestra casa.»

18 Junio.

¡Poder de la juventud, bendito seas! Aún no les ha abandonado la tristeza y ya mis hijos adoptivos adquieren nuevas fuerzas y salud. Con Emilio hacemos largos paseos en carruaje. Ayer salimos en coche abierto. Lo senté á mi lado, ante él su hermana, al lado de ésta Magdalena. La tarde estaba encantadora. Acababa de llover y respirábamos con fruición el aire fresco, purísimo. Al beso del sol brillaban en las hojas de los árboles diminutas gotas de agua, diáfanas como brillantes. Jamás habíamos visto el bosque tan hermoso. Emilio, por vez primera, después de las crueles pruebas sufridas, parecía menos triste. Físicamente renacía á la vida: la juventud, que tanto puede, vencía á la tristeza y á la enfermedad. Claro que ni á sí mismo quería confesárselo, pero sentíase feliz de vivir, y esta felicidad la disfrutaba casi á pesar suyo. Clotilde le estrechaba la mano sonriendo dulcemente. Y gozaba porque veía que empezaba á ser completa la salud de aquel hermano tan querido. Magdalena y yo compartíamos en silencio la felicidad de nuestros amigos. Paseábamos callados, y sin embargo nuestros corazones latían con violencia al influjo de consoladoras impresiones que nos comunicábamos sin palabras. Al llegar al límite del bosque nos sorprendió un paisaje grandioso, inmenso.

—¡Cuán grande es Dios y cuán admirables sus obras! ¿verdad, hijos míos?

—Sí, señora, ¡magnífico panorama! contestó Emilio. Y detallando las maravillas que veíamos, cada cual manifestaba sus preferencias.

La tarde avanzaba. Emprendimos el regreso por el bosque, pero siguiendo distinto camino.

—¡Qué hermoso es respirar el aire de los bosques! exclamó Emilio.

—Y mi buen amigo no se atrevió á añadir ¡qué hermosa es la vida á los veintitrés años cuando la salud sucede á la enfermedad!

—¡Dios nos lo ha devuelto! dije á Clotilde; pronto Emilio será el de antes.

—¡Que sea bendito por esta curación tan deseada! me contestó; ¡que me lo guarde y conserve! ¡no tengo más que á él!

Luis que iba en el pescante, mudó la conversación, haciéndonos admirar una encina gigante que dicese es la reina de la selva.

8 Agosto.

De nuevo nos hallamos todos en Monte F...; han llegado María, Gastón y sus hijos. ¡Qué alegría vernos reunidos después de las emociones de los últimos meses! José ha sufrido mucho durante la guerra: marchas forzadas, frío, privaciones de todas clases. Ha adelgazado, pero al parecer al menos, goza de buena salud. A mi cuñado le han afligido profundamente las desgracias de la patria. Cuando Carlos y él hablan de lo ocurrido, muéstranse amargamente pesimistas. Sólo Dios puede salvarnos.

En el decurso de este año Margarita se ha hecho mu-
jer, está bellísima y parece ignorarlo, lo que aumenta sus encantos. Esta mañana se lo decía á su madre:

—La encuentras muy hermosa, me contestó, pues aún es más buena. ¡Si como yo pudieses admirar su alma un día y otro día y siempre! Nunca me canso de dar gracias á Dios porque me ha dado tal hija.

Las tres jóvenes pasan el día juntas, y el recuerdo de la que hace apenas un año completaba la reunión, vive entre ellas y de ella hablan siempre. ¡Inolvidable Eugenia! ¡cuántas lágrimas ha hecho verter tu muerte y cuán potente late tu recuerdo en el corazón de los que te amábamos!

15 Septiembre.

¡Ceremonia triste y conmovedora la que acabamos de presenciar! Hoy se ha efectuado la traslación de los restos de Eugenia y Enrique al panteón de San A... Carlos, Gastón y Emilio fueron á buscar los mortales despojos del hermano y la hermana; hoy descansan cabe los de su madre. Clotilde se ha impresionado profundamente; mi hermano y yo no lográbamos consolarla. Ella, que cuando murió Enrique fué valiente hasta el heroísmo, hoy se ha dejado vencer anonadada por el dolor. Cuando recuerdo lo que ha sufrido no me sorprende. Hace cuatro años, empezábamos las vacaciones de verano, y la señora de R... nos hablaba con entusiasmo de su familia feliz, de sus dos hijos que eran su orgullo, de sus dos hijas que todos admiraban... hoy la madre ha muerto y de los cuatro hermanos dos han volado á reunírsela. Basta recordar para comprender el dolor de Clotilde.

18 Septiembre.

María me ha confesado que observa que la estancia en el Instituto ha perjudicado la manera de ser y los modales de Luis. Es indudable que Manolo es mejor, incomparablemente mejor que mi hijo. Ya sé que es cuestión ésta en la que es el carácter factor muy importante. El de mi hijo es pronto y vivo. Durante las vacaciones sólo está satisfecho cuando corre por el campo de paseo ó de excursión. No le acuso, al contrario, me place verle almacenar en abundancia aire y fuerzas. Díjese que tiene empeño en no estar á solas conmigo. Trabaja un par de horas cada mañana. En clase cumple como buen estudiante y cada fin de curso obtiene las mejores recompensas, pero á mi entender su padre queda con ellas excesivamente satisfecho, pues éstas sólo prueban que marcha bien una parte de la educación, y por cierto la menos importante.

28 Septiembre.

La licencia que para su total restablecimiento gozaba Emilio ha terminado. Clotilde está muy triste. Esta tarde hemos dejado que mi hermano, Margarita y Magdalena hicieran solos el cotidiano paseo para poder nosotras ultimar los preparativos de la marcha de Emilio. Un cuarto de hora llevábamos Clotilde y yo de hablar tristemente de cosas pasadas, cuando de súbito se echa á llorar.

—¡Soy muy desgraciada! exclamó; ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡cuántas separaciones he sufrido estos últimos años! Y ahora se marcha Emilio y voy á quedar sola, siempre sola...

—Clotilde, claro que no puedo suplir á los que Dios llamó al cielo; pero ya sabes que te quiero de corazón.

—Sí, lo sé, y no puede V. imaginar cuánto se lo agradezco, me dijo echándome sus brazos al cuello. Pero V. comprenderá lo que sufro. Hay momentos en que no puedo más, que mis fuerzas decaen. Todo es de Dios, puede tomarlo todo, pero siempre es indulgente con las lágrimas que nos permite derramar en abundancia. Confío que se dignará perdonarme estos momentos de debilidad.

Seguimos hablando, y paulatinamente renació la calma en este corazón tan afligido. Ya sereno, me dijo:

—Siempre doy gracias á Dios porque entre las múltiples desgracias que me afligen, no me abandona. ¿Qué sería de mí sin V.? Para nosotros, pobres huérfanos, usted ha sido nueva madre, y siempre me parece que soy de su familia.

—Y efectivamente lo eres, mi buena Clotilde.

—¡Ah, pues desearía serlo más aún! ¡Madre mía, amiga mía, si V. quisiera!... hoy aún no, son muy jóvenes; pero dentro unos años... Emilio sería un hijo excelente, y para mí la mayor, la más dulce de mis ilusiones poder llamar á Magdalena hermana mía...

Esta declaración no me sorprendió. A pesar de la gran reserva de Emilio, había descubierto su inclinación á mi hija. Por lo que á ella se refiere era evidente que lo había conocido.

Le he dicho á Clotilde que debíamos dejarlo en manos de la Providencia; que si esta unión era grata á Dios, á su debido tiempo se realizaría; que Magdalena era muy joven para hablarle de estas cosas.

—Lo sé, me contestó; pero ¿verdad que V. no rechaza este proyecto, verdad que Emilio puede acariciar la esperanza de que un día se realizará?

Y comprendiendo lo difícil que era para mí darle una contestación categórica, añadió:

—No, no me conteste hoy; comprendo que esta felicidad Emilio debe merecerla.

La abracé con emoción. Regresaron los excursionistas y pretextando unas órdenes á los sirvientes me retiré á mis habitaciones. Estaba muy impresionada. ¡Qué! ¡ya debía pensar en separarme de mi hija! ¡soy tan feliz poseyéndola, gozando su para mí encantadora compañía!

Al encontrarme á solas con Carlos le he referido cuanto Clotilde me ha dicho. Este proyecto le halaga. Pero como yo, opina que Emilio y Magdalena son demasiado jóvenes para pensar en casarlos, y también como yo desea guardar á nuestra hija querida el mayor tiempo posible á nuestro lado. ¡Cuanto más se avanza en la carrera de la vida se comprende mejor la necesidad, el deber de amar á los hijos para sí, para su bien, y no amarles por egoísmo, para nosotros! (Continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona